

## Zitierhinweis

Signes Codoñer, Juan: review of: Franco Montanari (ed.), History of Ancient Greek Scholarship. From the Beginnings to the End of the Byzantine Age, Leiden/Boston: Brill, 2020, in: Exemplaria Classica, 25 (2021), p. 507-514, DOI: <https://doi.org/10.33776/ec.v25i0.5589>, downloaded from Website

**exemplaria**  
C L A S S I C A  
Journal of Classical Philology

## copyright

Dieser Beitrag kann vom Nutzer zu eigenen nicht-kommerziellen Zwecken heruntergeladen und/oder ausgedruckt werden. Darüber hinausgehende Nutzungen sind ohne weitere Genehmigung der Rechteinhaber nur im Rahmen der gesetzlichen Schrankenbestimmungen (§§ 44a-63a UrhG) zulässig.

FRANCO MONTANARI, ed., *History of Ancient Greek Scholarship. From the Beginnings to the End of the Byzantine Age*, Leiden-Boston: Brill, 2020, viii+709 pp., €75.00, ISBN 978-90-04-42740-2.

Los cuatro primeros capítulos del *Brill's Companion to Ancient Greek Scholarship* – editado también por Franco Montanari y publicado en 2015 –, dedicados a la historia de la filología griega y escritos por competentes especialistas, se publican ahora en un volumen aparte mucho más económico y manejable: se trata de Anna Novokhatko, “The origins and growth of scholarship in the Pre-Hellenic Greece”, pp. 9-131; Fausto Montana, “Hellenistic scholarship”, pp. 132-259; Stephanos Matthaios, “Greek scholarship in the Imperial era and Late Antiquity”, pp. 260-372; y Filippomaria Pontani, “Scholarship in the Byzantine Empire (529-1453)”, pp. 373-529. Sigue la bibliografía (pp. 531-650), el índice general (pp. 651-73) y un muy útil índice de pasajes (pp. 674-709). Como ya ha advertido alguna reseña<sup>1</sup>, los cambios en las tres últimas contribuciones son menores y de detalle y afectan en gran medida a la actualización bibliográfica, mientras que el capítulo liminar de Novokhatko ha sido considerablemente reescrito y merece por lo tanto la atención preferente del reseñante. En cualquier caso, el volumen es desde el mismo momento de su aparición, no solo obra de referencia y consulta obligada, sino lectura aconsejable en todos los niveles de la formación filológica clásica y contribuirá de forma decisiva al progreso de nuestros estudios.

Con todo, el hecho de que estos cuatro capítulos se publiquen aparte y en un libro autónomo habría merecido quizás una mayor reflexión en la introducción redactada por Franco Montanari, puesto que su función no puede ser ahora la misma que en el monumental *Companion* de Brill, en dos volúmenes, en el que servían de presentación o esquema cronológico a un tratamiento en profundidad, básicamente temático, de las distintas formas que asumía la Filología Griega en la Antigüedad y Edad Media. El énfasis exclusivo en la evolución histórica obligaría a plantearse algunas cuestiones esenciales que comentaremos brevemente, porque tal vez ayudarán a situar la obra en su contexto y alentarán a futuros investigadores a ampliar la perspectiva.

El volumen cubre un vacío muy importante en nuestra disciplina, ya que aborda de manera continua, por primera vez desde la monumental obra de John Edwin Sandys<sup>2</sup>, la historia de la Filología Griega desde sus orígenes hasta

<sup>1</sup> Véase E. Dieu en *Bryn Mawr Classica Review* 2021.01.32 y E. Wöckener-Gade en *ByzRev* 03.2021.012.

<sup>2</sup> J.E. Sandys, *A history of classical scholarship, From the sixth century to the end of the Middle Ages*, Cambridge 1903.

la Edad Media. No obstante, Montanari, que no menciona a Sandys en su introducción (probablemente por su antigüedad y la poca profundidad de su tratamiento catalogico), compara en cambio en ella la presente obra con los dos volúmenes de la historia de la Filología Clásica que publicó Rudolf Pfeiffer en Oxford 1968-1976 y que durante mucho tiempo constituyeron la única panorámica crítica existente al respecto, tanto por el detalle como por la profundidad de su argumentos y tratamiento de los autores<sup>3</sup>. La edición de Pfeiffer, como es sabido, se centraba en su primer volumen en las épocas clásica y helenística griegas, dejando de lado la romana y la medieval, y abordaba en el segundo el periodo comprendido entre los años 1300 y 1850, sin considerar, entre otras cosas, la Filología bizantina de época paleóloga. Con respecto a Pfeiffer, como bien señala Montanari, el presente volumen cubre un importante vacío, pues aborda el periodo imperial y bizantino, y ofrece una panorámica coherente y articulada de la evolución que el estudio de los textos planteó a los antiguos griegos. No obstante, también es verdad que la presente obra se detiene ahora, no en siglo XIX como Pfeiffer, sino en 1453, sin que se justifique esta limitación, quizás porque parecía obvia a los editores por representar esta fecha el icónico fin de la tradición clásica en el mundo griego.

No obstante, la fecha no es tan obvia como podría parecer, puesto que debido a la labor de los eruditos bizantinos desplazados a Italia, se produjo una verdadera *translatio studiorum* del legado griego a Occidente que contribuyó a perpetuar en los siglos XV y XVI los modelos de análisis textual fuera del extinto Imperio. No tiene mucho sentido hablar de los emigrados bizantinos que vivieron antes de 1453 (Pontani en las pp. 514-29) pero dejar fuera de consideración sus actividades con posterioridad a esa fecha, así como no abordar la actividad de emigrantes posteriores, pero tan fundamentales como Constantino Láscaris. Algunos de ellos tuvieron ciertamente un papel decisivo en el nacimiento de la imprenta griega y en las prensas de Manuzio, que fue no menos filólogo que impresor. Un pequeño epílogo habría hecho justicia a su aportación a la historia de la Filología Griega en Europa y abierto el paso al periodo subsiguiente.

No obstante, quizás la razón para concluir en 1453 tenga que ver con la imposibilidad práctica de abordar el periodo humanista (y posterior) desde una perspectiva exclusivamente griega. Aunque los mundos medieval latino y griego vivieron de espaldas uno al otro, la separación de la Filología Clásica en un ámbito latino y otro griego carece del menor sentido en el Humanismo, donde la tradición clásica (incluida la exégesis filológica) se reune y no cabe hablar tanto de helenistas o latinistas, cuanto de humanistas que estudian los textos clásicos con la misma metodología y con el mismo espíritu de pertenencia a un ámbito común. Esta circunstancia impide continuar exponiendo una historia de la Filología Griega en época moderna, ya que sería una entelequia

<sup>3</sup> Véase la versión española: R. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica*, Madrid 1981, 2 vols.

sin el aporte latino: es la perspectiva de la Filología Clásica en su conjunto la que sigue Pfeiffer al abordar el periodo moderno.

Ahora bien, si el periodo humanista, abordado por Pfeiffer, es excluido por este motivo de una historia de la Filología Griega, ¿cómo justificar que se aborde la historia de la Filología Griega en la Roma imperial sin tratar a los autores latinos? En efecto, aunque Montanari en la introducción subraya “the crucial historical importance of the Roman Imperial period” abordado en este volumen –en el cual, según indica, se incluye “the presence and role played by the Latin world, in dialogue with Greek culture” (p. 3)–, la Filología Latina está ausente de la sección estudiada por Matthaïos, que sólo justifica brevemente la exclusión de informaciones sobre la enseñanza del latín y los gramáticos latinos en el hecho de que está “beyond the scope of this survey” (p. 268). Uno sospecha que esta fue justamente la razón que llevó a Rudolf Pfeiffer a detenerse en el fin del mundo helenístico sin tratar a Roma, ya que la Filología Clásica no podría abordarse sin un análisis en profundidad de los autores latinos que él tal vez no conocía tan bien.

En efecto, no se trata tan solo, como sugiere Matthaïos, de dejar de lado a los gramáticos latinos, sino a autores latinos que como Varrón o Quintiliano lo son solo por la lengua, pero que en espíritu forman parte de la misma tradición cultural y exegética que los griegos: es una única cultura, un único método filológico, pero dos las lenguas en las que se expresan quienes lo cultivan. Es más, sabemos que muchas de las gramáticas latinas fueron escritas para griegos (como la del propio Prisciano, redactada en Constantinopla), cuando no por griegos (Diomedes, Carisio, Focas...) y que las categorías gramaticales del griego encuentran con frecuencia su explicación en las gramáticas latinas, mucho más numerosas y sistemáticas en la Antigüedad Tardía<sup>4</sup>.

En realidad, esta exclusión de lo latino del análisis de la Filología Griega, tiene su justificación en una serie de rápidas consideraciones hechas por Matthaïos al principio de su sección que sí tienen un verdadero carácter programático y deberían haber ido, por esa razón, al principio del volumen. Matthaïos, en efecto, no solo excluye a los gramáticos latinos de su exposición, sino también a los autores técnicos, científicos y filosóficos, porque estos no eran objeto de estudio de los gramáticos griegos, que centraron su estudio fundamentalmente en autores literarios clásicos y, de manera preeminente, en poetas. Es este también el motivo por el que Matthaïos deja fuera de su estudio a los autores retóricos, y, en consecuencia, a la retórica imperial y la crítica literaria (pp.

<sup>4</sup> Es lo que observamos en la categoría de la voz media en griego, cuya evolución se puede reconstruir en buena medida gracias a los gramáticos latinos tardoantiguos, cf. J. Signes Codoñer, *La quimera de los gramáticos. Historia de la voz media del verbo griego en la tradición gramatical griega desde Apolonio Discolo hasta Ludolf Küster y Philipp Buttmann* (Obras de referencia 39), Salamanca 2016. Véase también ahora A. Garcea, M. Rosellini y L. Silvano, eds., *Le latin à Byzance*, Corpus Christianorum. Lingua patrum 12, Turnhout 2019.

266-7). Sin darse cuenta, Matthaios está definiendo la Filología Griega no por su método, sino por su objeto, los poetas clásicos, e identificándola de una manera excesivamente estrecha con la labor de los gramáticos, algo que en realidad no es una decisión suya sino una línea conductora de buena parte el volumen que presta más atención de la debida, a nuestro entender, al análisis lingüístico, que a la exégesis filológica o a la ecdótica. En cualquier caso, esta exclusión de la prosa y de la retórica es un error, por varios motivos, aunque señalaremos dos.

En primer lugar, el cuidado en la edición y preservación de los textos de autor en época imperial no estaba desde luego solo destinado a los textos poéticos, sino también a los textos en prosa de cualquier condición. Las páginas y páginas que dedicó Porfirio, en su vida de Plotino, a la edición de la obra del maestro, son quizás uno de los mejores testimonios que nos ha transmitido la Antigüedad de cómo editar una obra. ¿No es esto filología en el moderno sentido del término? El propio Plotino, al editar a Porfirio nos dice (*Vita Plotini* 24) que siguió el modelo de Apolorodo de Atenas (ca. 180-120 a.C.) y Andrónico de Rodas el peripatético (fl. ca. 60 a.C.) que editaron, respectivamente, las obras del poeta cómico Epicarmo y de los filósofos Aristóteles y Teofrasto. Que esto no es una excepción se comprueba cuando echamos un vistazo al tratado de Galeno *Sobre sus propios libros*.

Por otra parte, la Retórica se ocupó también de la poesía, como se puede ver en los textos de los grandes autores de Retórica de la Antigüedad, desde Dionisio de Halicarnaso al ya mencionado Quintiliano, por no hablar del *De lo sublime* de Pseudo-Longino. Muchos de ellos contienen reflexiones sobre las características de la prosa de los grandes autores áticos no menos que sobre el estilo y la lengua de los poetas (Dionisio compara el estilo de Heródoto con la *Odisea*), por lo que es claro que esos criterios, conocidos y estudiados por las élites, determinaban en gran medida las lecturas y las ediciones de los textos, no solo las cuestiones lexicográficas o morfológicas menores de las que se ocupan los gramáticos, cuya posición era desde luego subordinada a la de los *rhetores* dentro de la jerarquía de saberes.

Es esta excesiva dependencia hacia los poetas, como base de la Filología Clásica, la que afecta a otro importantísimo ámbito del que Matthaios prescinde también en su sección: el de la literatura cristiana y su exégesis. Veamos cómo expresa él mismo la razón de esta exclusión (pp. 265-6):

If a scholar takes to heart Pfeiffer's definition of philology as "the art of understanding, explaining and restoring the literary tradition" [...] and also embraces the ancient philologists' and grammarians' understanding of their area of responsibility, then the contents of the present study can be expressed more precisely: the focus falls on the interpretation of *ancient* literature and refers to those persons who have accomplished

this specific task. This results in the exclusion of Christian literature, which arose during Late Antiquity, but also of its exegesis, which, according to the modern understanding, is considered to belong to philology. However, given the nature and objectives of ancient scholarship, the exclusion of interpretative activity on Christian authors and texts – effectively a subject of a separate study – is reasonable. For no one who was characterized as γραμματικός in Antiquity felt himself responsible for the study of Christian literature, and no one who was educated in ‘grammatical’ – in the ancient sense of the term – matters was instructed in this period on the basis of Christian and theological texts.

De acuerdo con esta visión, la literatura cristiana no es incluida en su estudio de la época imperial porque no fue analizada ni filológica ni exegéticamente en la Antigüedad Tardía. En realidad esto no es del todo correcto o, al menos, solo es válido si entendemos la labor de los gramáticos únicamente vinculada al ámbito educativo y en un periodo anterior al siglo IV d.C. Si, en cambio, ampliamos un poco la mirada, veremos que los textos cristianos fueron desde muy temprano objeto de un interés filológico, quizás en el deseo de canonizarlos del mismo modo que los textos homéricos<sup>5</sup>. Una prueba de esto la encontramos en los *Hexapla* de Orígenes, la edición de la Biblia hebrea en seis versiones (cuatro de ellas en traducción griega) que sin duda puede considerarse uno de los jalones más importantes de la Filología Griega de la Antigüedad. Se trata de un proyecto, que por sus dimensiones y sus relaciones complejas con las distintas versiones bíblicas, ha generado una inmensa bibliografía. Y no es un hecho aislado en la larga historia de la Filología Griega que, como se sabe, comienza con nuevas fuerzas en el Humanismo gracias a la edición del *Novum Instrumentum* por Erasmo de Rotterdam. La filología bíblica ha precedido en muchos casos a la Filología Griega marcando su respeto escrupuloso por el texto original. Pero más allá de ello, los concilios de la Iglesia discutieron con frecuencia sobre textos y los propios padres de la Iglesia griegos compusieron en griego clásico desde el siglo IV d.C. con la intención de proporcionar modelos de lengua y estudio y de hecho fueron citados en los tratados gramaticales posteriores, de época bizantina.

Esta exégesis y estudio de los textos cristianos se hizo regular en todo el periodo bizantino y a ella hace alusión Pontani en su contribución en varias ocasiones bien refiriéndose a los debates sobre la falsificación de textos dogmáticos (pp. 381-3, 391-2, 398-9), bien a la mención de autores cristianos en

<sup>5</sup> No es por ello casual que la leyenda de la edición de los *Septuaginta* se contamine de la propia tradición relativa a la edición de los poemas homéricos por Pisístrato. Véase I. Varillas Sánchez, “La edición del libro sagrado: el ‘paradigma alejandrino’ de Homero al Shahnameh”, *Interfaces* 4, 2017, 85-102.

tratados gramaticales (pp. 394-5), bien a las preocupaciones filológicas de Focio al considerar pasajes de la Biblia (pp. 411-2). Se trata sin embargo de referencias anecdóticas, frecuentes solo cuando el autor se halla en los siglos oscuros de Bizancio (siglos VII-VIII) y no encuentra referencias sustanciosas al estudio o exégesis de los autores clásicos, que constituyen de nuevo su absoluta prioridad. Pontani prefiere detenerse en enumerar cuantos manuscritos de autores clásicos aparecen en su recorrido (y cuya copia *per se* es poco ilustrativa de los métodos filológicos) y a los que dedica secciones enteras, antes que detallar los innumerables debates que con motivo de la autenticidad o falsedad de los textos inundan la historia de Bizancio y que revelan muchas veces en su tenor que los contemporáneos (y en especial un funcionario como el *chartophylax*) sabían valorar las distintas letras y calidades de los códices además del propio tenor literario de los textos. No aborda tampoco Pontani, interesado como está en reseñar los autores clásicos, cuestiones tan importantes como la naturaleza de la exégesis bíblica, las técnicas de la metáfrasis o paráfrasis de textos cultos, o el método de trabajo en equipo para crear las grandes colecciones de textos imperiales extraídos de fuentes antiguas, algo en lo que Andrés Németh (al que conoce y cita) ha hecho importantes descubrimientos<sup>6</sup>. Su aproximación es en buena parte catalogica y sigue básicamente el modelo de biografías de eruditos y manuscritos practicado por Nigel Wilson en su pionera obra sobre los filólogos bizantinos, desaprovechando la ocasión para plantear de una manera más sistémica el tratamiento filológico de los textos<sup>7</sup>. Con todo, su exposición, detallada, prolija y documentada, representa el 30% del contenido del volumen (pp. 373-529) y reivindica la historia de la filología bizantina, tradicionalmente marginada en las exposiciones de la historia de la filología clásica, cuando no “puenteada”, como ocurría en el caso de Pfeiffer.

La primera parte de la obra escrita por Anna Novokhatko, destinada a presentar un panorama de los orígenes de la Filología Griega, se plantea en términos mucho más innovadores y aparece considerablemente ampliada en relación con el capítulo correspondiente escrito por la autora para el *Companion* original. Las primeras páginas (pp. 9-37) están dedicadas a una rápida panorámica sobre la difusión del alfabeto, la lectura, la copia, las bibliotecas y la educación en la Grecia arcaica. En ellas la autora acumula a veces, por falta de espacio, referencias de autores de diferentes periodos sin una valoración crítica sobre su fiabilidad, que es necesaria si se considera la distancia temporal de los autores, en gran parte tardíos, con respecto al periodo al que se refieren<sup>8</sup>. Siguen páginas destinadas sobre todo al texto de Homero, a su relación con Pisístrato y la edición pisistrátida (con un elenco

<sup>6</sup> A. Németh, *The excerpta Constantiniana and the Byzantine appropriation of the past*, Cambridge 2018.

<sup>7</sup> N.G. Wilson, *Scholars of Byzantium*, Londres-Cambridge, Mass., 1996, 2ª ed. (la versión española se hizo sobre la primera edición).

<sup>8</sup> Véase para ello J. Signes Codoñer, *Escritura y literatura en la Grecia arcaica*, Madrid 2004.

más o menos completo de las fuentes antiguas sobre ella, pp. 37-50)<sup>9</sup> y a las primeras discusiones críticas sobre el texto, que la autora considera el primer paso hacia el nacimiento de la Filología (pp. 50-63). Continúa el capítulo con una exposición de los primeros exégetas de Homero desde postulados filosóficos, que incluyen, entre otros, a Ferécides de Siro, Pitágoras, Heráclito de Éfeso (pp. 63-74) y, sorprendentemente, al cómico Epicarmo (pp. 74-81), al que se le da una importancia excesiva quizás por la propia especialización de Novokhatko en comedia. Acto seguido se abordan la crítica a los poetas por parte de sofistas como Protágoras y Gorgias (pp. 81-93) y las reflexiones sobre el lenguaje (pp. 93-110). Finalmente la sección se cierra con una panorámica sobre el siglo IV a.C. centrada en Platón y Aristóteles y que concluye con un tratamiento de la filología peripatética temprana (pp. 110-31)

El lector de esta sección se queda con una sensación confusa, por una parte complacido por la masa de datos aportada, pero otra con la sensación de que la exposición ha discurrido en buena parte, salvo quizás al comienzo, por cauces fundamentalmente teóricos y de la transmisión de textos poéticos y no ha abordado en profundidad problemas como la ecdótica y tratamiento de los textos en época clásica, que son bases esenciales de la exégesis filológica. Así, por ejemplo, aunque se menciona la edición canónica de los trágicos por Licurgo (p. 22) no se reflexiona ni sobre los criterios filológicos con los que se llevó a cabo (depurando una transmisión cerrada y probablemente contaminada por los añadidos de los actores), ni sobre qué personas fueron sus responsables y con qué cualificación ejercieron su trabajo, pues no cabe duda de que en ellas y su labor encontramos los precedentes más claros de la Filología alejandrina. El hecho de que la autora identifique a los editores atenienses de Homero con los círculos órfico-pitagóricos a partir de la valiosa indicación de Tzetzes (pp. 48-9), no es explotado convenientemente para trazar un perfil de los editores de textos poéticos, probablemente muy distinto del de los miembros de las escuelas filosóficas en los que centra buena parte de su atención. Por otra parte, Novokhatko deja prácticamente fuera de su consideración la edición de textos en prosa, susceptibles también de cuidadosa publicación, como lo prueban, por ejemplo, los inventarios detallados de las obras de los primeros filósofos recogidos en Diógenes Laercio; los ejemplos de autocita y metaliteratura de la obra de Isócrates (fundamentalmente en la *Antidosis*), quien nos ha transmitido asimismo alguna importante reflexión sobre el proceso de discusión, revisión y edición en equipo de sus discursos (el *Panatenáico*); o los mecanismos de reescritura de Demóstenes, con un caso tan curioso como el de la colección de proemios que circula a su nombre y que

<sup>9</sup> Para el complejo de la edición pistrátrida puede verse ahora I. Varillas Sánchez, *La recensión pistrátrida de los poemas homéricos: estudio de las fuentes literarias*, Valladolid 2021 (tesis doctoral).

respondió a criterios editoriales no del todo claros<sup>10</sup>. La autora, que dedicó la parte inicial del capítulo a considerar los problemas de oralidad y escritura en la época arcaica, deja de lado esta cuestión para el siglo IV a.C., pese a que es un problema central en la propia configuración de los textos, tal como revela no solo el *Fedro* platónico (citado al respecto en p. 116), sino también la obra de Isócrates o un texto tan revelador como el tratado de Alcidamas *Contra los que escriben discursos escritos*, mencionado por la autora (p. 91) pero, nuevamente, no integrado en su análisis.

Estas observaciones no desmerecen el enorme trabajo de reflexión y documentación hecho por Novokhatko, pero plantean algunas reservas sobre el “relato” ofrecido por ella sobre el desarrollo de la Filología Griega y pretenden llamar la atención sobre la necesidad de buscar un consenso, que todavía no está establecido, sobre qué debemos entender por Filología Griega antes de la época helenística, en la que el Museo y la Biblioteca de Alejandría marcan claramente las pautas de estudio a los investigadores (y centran la documentada exposición hecha por Fausto Montana para el presente volumen). Falta un acuerdo sobre dónde poner el énfasis en el estudio de los primeros “filólogos” griegos, no solo porque en realidad el concepto no existía como tal todavía, sino porque los investigadores suelen centrarse más en los problemas lingüísticos que en la labor concreta, material, de la edición, que implicaba con frecuencia, al menos en el caso de los grandes autores, una aproximación crítica. La autora parece identificar así a los filólogos más con los κριτικοί, que con los γραμματικοί, en buena parte de manera justificada, puesto que el desarrollo de la gramática como disciplina es más bien propio del periodo helenístico. Nosotros pensamos que en realidad la Filología era ambas cosas y que en sus orígenes pesaron tanto las aproximaciones teóricas de los grandes pensadores como las labores prácticas de copia, edición y presentación de los textos, a las que estos prestaron sin duda menor atención, en buena parte porque ni siquiera escribían, sino que dictaban sus textos, una práctica que continuó durante siglos y la edad bizantina<sup>11</sup>.

JUAN SIGNES CODOÑER  
 Universidad Complutense de Madrid  
 jsignes@ucm.es

<sup>10</sup> I. Worthington, “Oral Performance in the Athenian Assembly and the Demosthenic Prooemia”, en C.J. Mackie, ed., *Oral performance and its context*, Leiden 2004, 129–43.

<sup>11</sup> Incomprendiblemente, en el libro no aparece citado el fundamental estudio de M. Richard, “ἄπὸ φωνῆς”, *Byzantion* 20, 1950, 191–222.